

unos desacatos de gestos y unas insolencias de palabra que creeríase la monarquía ya, no camino del palacio, camino del cadalso. En la puerta de París parecía la muchedumbre obedecer sabia consigna, guardando un silencio capaz de contenerlo todo. Por los Campos Eliseos no se cumple la consigna y el apasionamiento de las muchedumbres, contenidas por acertadas órdenes secretas, rompe todas las compuertas é inunda el ambiente de calumnias. Los que ayer miraban al Rey de rodillas, ahora no se le quitan el sombrero. Al desembocar en el recinto anterior al jardín del palacio, plaza de la Concordia, el clamor de cólera y odio crece tanto, que parece próxima la muerte de los Reyes. Los guardias del pescante se salvaron por milagro. Sólo un esfuerzo heroico los preserva de la muerte. Los príncipes bajan de las berlinas y suben la escalera. Entran los infelices, no reinando, no, destronados en el palacio eterno de sus mayores parecido á la eternidad desde donde sus mayores los contemplaban, pues aunque se movían cual vivos, estaban en realidad muertos.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-PRIMERO

Agitaciones consiguientes al cautiverio del Monarca

 DOLORA y apenas mucho el padecimiento de las personas reales en su vuelta de Varennes á las Tullerías, y en su cautiverio, porque ni los de arriba, ni los de abajo dejan de ser en la tierra semejantes nuestros, inspirándonos y sugiriéndonos aquellos naturales afectos de compasión que juntan á todos los corazones humanos en el seno de la humanidad; pero, como no pueden derogarse las leyes del Universo, la natural incontrastable lógica del espíritu, no pueden derogarse tampoco los códigos de la Divina justicia, quienes imponen pena máxima, por necesidad, á cuantos procedían ciegos con aquella doblez en su vida, y provocaban criminales, por la conservación de privilegios imposibles, tanta y tan pavorosa catástrofe. El que mayor pena da en este cautiverio es el atormentado niño, el Delfín; pues creía heredar una corona y heredaba un suplicio, en cuyos tormentos no sólo se destruyó el derecho heredado, el cuerpo ungido, la vida incipiente, sino hasta el nombre mismo y la memoria de este nombre. Tal es la esfinge del destino; ahí está, como en los tiempos de la inocente incestuosa Yocasta, y del inocente parricida Edipo; á la manera que el pecado de Adán, por nosotros no cometido, se ha traspasado al conjunto entero de todas las generaciones humanas. Nuestros padres comieron agraces, dice Jeremías, y nosotros tuvimos dentera. Pecaron ellos y padecemos nosotros. *Patres nostri pecaverunt, et non sunt; et nos iniquitates eorum portavimus.* ¡Cuántos privilegios de complexión y de inteligencia, traídos al nacer dentro del cuerpo y del alma, para los cuales ningún trabajo hemos hecho; para los

cuales no podemos presentar ningún mérito; y cuantas enfermedades también. La enfermedad contraída por un bisabuelo que pecó, reviene y rebota sin culpa nuestra en los nervios, en las fibras, en la sangre, siquier estéis puros de toda mancha en la voluntad y libres de todo remordimiento en la conciencia. El día de la entrada en Palacio de sus mayores, Luis, á quien llamó décimo-séptimo la general adulación, al acostarse, no pudo por manera ninguna dormir, y si pudo en algunos ratos dormir, al sueño suyo sobrepúsose un ensueño, que le llenó de lágrimas los ojos y de dolores los nervios. En su inconsciencia debió sentir que si otros príncipes habían heredado las prerrogativas y privilegios de cien Reyes él, flor aún, por su edad, en el árbol de la dinastía, heredaba los castigos con los dolores, lanzados por las iras del cielo sobre los yerros y los pecados de ésta en el mundo. Mas la justicia perdurable de la Providencia y de la Historia, no empece á que nos duela ver al pobre Delfín cautivo, recluso en estrecho cuarto, vigilado de centinelas que lo miraban á una con muy malos ojos; por los séres amados circuido que gemían y lloraban como luctuosos fantasmas, falte del necesario aire y del calor indispensables á la niñez en su crecimiento, pues ni en el jardín podía jugar á su arbitrio; sin los amigos y sin las distracciones usuales entre los demás niños de su edad y de condición inferior á la suya; oyendo snspiros por el día y asaltado de pesadillas por la noche, después de haber nacido en eminencias que parecían celestes alturas, por las cuales habíanle anunciado que le sonreiría una felicidad inalterable, y en las cuales sólo encontró torcedores y suplicios, anticipando á su inocencia inmerecido deshonor y á su infancia prematura muerte.

El Delfín, á la verdad, sólo era culpado de su nacimiento, y por esto más digno de compasión que los Reyes, cuyos desacatos á la patria fueran premeditados y alevés, con ensañamiento. Lo menos que pudieron hacer en aquella ocasión terrible con estos últimos fué prenderlos para que no volvieran á escaparse. Las fugas de los Reyes encontraban una general reprobación en las almas de los pueblos. Reprobábalas el viejo realista, por no querer encontrarse aquí en el mundo sin sus guías, los cuales imaginaba tan indispensables á la vida toda, como el sol y como el aire; reprobábalas el nuevo constitucional, empujado en que había de subsistir la noble alianza entre las Asambleas y el Rey, aunque la repugnaban ambos; reprobábanlas todos los franceses en general, y con especialidad todos los republicanos, por el recelo fundadísimo de que una irrupción extraña resquebrajase hasta en sus cimientos el suelo francés y desarraigase los recién brotados gérmenes de la soberanía nacional. Por esta razón todos los furiosos contra las fugas no les parecían excesivos y no les parecían muchas las precauciones tomadas para que las fugas no se repitiesen. El Rey tenía, pues, las Tullerías por cárcel. Una mañana, en que iba recorriendo aquellas galerías y corredores, como quisiera bajar al jardín ó al patio, los centinelas de facción allí le cerraron el paso, cumpliendo una rigurosa consigna. Y como, aterrado el Rey de verse prisionero, les preguntara si lo habían reconocido, los centinelas respondieron

que, por lo mismo, por haberlo reconocido, no podían dejarle pasar. El Congreso Constituyente había entregado á un liberal y monárquico tan seguro como Lafayette la guardia del palacio y del Rey. Lafayette, muy expuesto á morir el día en que llegó á conocimiento del pueblo la primer escapatoria del Rey, sabía muy bien que no saldría vivo de la segunda, y llevaba sus precauciones á extremos sugeridos por el amor de la vida. Tapiáronse muchas puertas. Obstruyéronse muchos corredores. Solamente contraseñas muy prolijas y entradas con suma parsimonia distribuidas daban acceso al interior del palacio. Cuantas personas entraban y salían, eran registradas por si llevaban el contrabando necesario para las evasiones. Los liberales habían puesto á los Reyes una inquisición escudriñadora de sus pensamientos más recónditos, y una grande aduana, que les impidiese toda comunicación libre con el exterior de su palacio y con personas que no estuvieran inscritas, ó entre sus carceleros, ó entre su servidumbre. Las visitas ó tertulias de los nobles quedaban prohibidas, para que no se repitiesen las maniobras maquiavélicas por los viajes temerarios. El jardín, lleno de soldados, parecía un bélico campamento. A cada lado de una ventana del piso bajo, y ante los balcones altos, parejas armadísimas, y en estas numerosas armas, reluciendo de un modo siniestro, las bayonetas caladas. En los tejados guardias, y guardias en los sótanos; cantinas como en sitiada fortaleza; santo y seña misteriosos y no pedidos á los Reyes, patrullas siniestras, bajo los árboles tiendas de campaña; por fuera un asedio en regla, y dentro la ordenanza y la disciplina de los pueblos sitiados; hé ahí lo que había inventado el Rey en sus reinos al buscar la guerra y la libertad en los extraños. Todos los códigos del mundo reconocen como prerrogativa connatural con los oficios y deberes del Rey, una prerrogativa tan indispensable á su poder como el mando de las tropas. Lejos de mandarlas en esta ocasión, el Rey tenía que obedecerlas. Componía, pues, todo aquello que pasaba en torno suyo, el primer escalón de su destronamiento, con el cual no quería de manera alguna conformarse.

Los criados de María Antonieta no querían servirla por los innumerables obstáculos puestos al cumplimiento de sus obligaciones. Deseaban sus carceleros que tratase la Reina con una espía colocada en palacio para celar sus pasos; y como aquélla supiera el vil oficio de ésta, resistíase con resistencia invencible á todo género de trato. Querida la cruel esbirro de Gousson, ayudante de Lafayette, comunicábale á su querido cuanto sabía. Y con razón repugnaba todo ello muchísimo al genio y al temperamento de la Reina. Mas, á pesar de todas estas resistencias, el retrato de la espía brillaba en la puerta del departamento real y en el ingreso de la escalera con el fin de que los guardias conociesen á tal mujer y no dejase acceso á ninguna otra. Como la espía estaba en aquel sitio antes de su fuga, y burlaron su vigilancia, redoblaba las inquisiciones del cuarto y del ánimo de la Reina, torturándolas con torturas inenarrables. ¿Qué más? Tenía la infeliz dos guardas de vista, como no las tienen los presos vulgares en los calabozos públicos. Y estos dos guardias llevaban

la consigna de verla siempre y de oirla, sin perder ni un gesto de su rostro, ni una palabra de sus labios. Imaginad qué tormento no tener vida privada ninguna y no gozar del auxilio de la confianza que nos ayuda con sus esfuerzos á conllevar las más abrumadoras pruebas y no despedir al aire una lágrima ó un suspiro sin que gentes supersticiosas y enemigas los echen á mala parte, considerándolos verdaderos crímenes. La puerta del cuarto de la Reina jamás podía cerrarse; y ésta jamás podía dejar de ver á sus calaboceros. Un día que cerró Luis XVI tal puerta por un modo maquinal, reabrióla el guardia, y como suspirara el Monarca, dijole bajando la cabeza y extendiendo los brazos con verdadera humildad el guardia: es mi consigna. Con efecto, cuantas veces el Rey cerraba con descuido la puerta del gabinete regio, reabríanla con precipitación aquellos guardias. Ni la esperanza del sueño por la noche podía la Reina infeliz acariciar por el día. En su cuarto entraban los esbirros á escudriñar la cama y á observar el sueño. En vano había puesto María Antonieta entre la cama donde dormía ella y la puerta donde vigilaban los esbirros un catre para que durmiese cualquier azafata y la presevasse de cualquier desacato. Una noche la doméstica se despertó de pronto con sobresalto y empezó á dar gritos con horror. El oficial de la guarnición, colocado al pie de la cama, pronunciaba discurso exaltadísimo sobre los asuntos políticos del día y sobre la futura suerte de los Reyes. Mas como fuera un realista y aconsejara todo lo pensado y creído por la Reina en sus adentros, esta impuso á su azafata silencio, diciéndole cómo aquel hombre le ofrecía homenajes de fidelidad á toda prueba y los consejos de un alma realista. Y al revés otra noche cualquiera próxima; estando desvelada María Antonieta, vió entrar al oficial de guardia, quien se asentó con tal confianza en el pie de su lecho y dijo tales discursos, en guisa de orador clubista, que Antonieta le llamó á los justos respetos y le impuso el debido silencio, diciéndole cómo hablaba en presencia de su Reina y no podía cometer aquellos desacatos y no podía proferir aquellas palabras. Jamás acabaríamos si hubiéramos de repetir cuanto refieren las Memorias del tiempo respecto del cautiverio de la Reina en sus Tullerías, y sobre todo lo que dice madame Campan, á quien los historiadores todos prestan fe y copian, por haber sido azafata muy querida de María Antonieta en París y Versalles.

Tales Memorias dieron margen á los célebres debates y controversias acerca de si es verdad ó no que los cabellos de la Reina encanecieron todos y se tornaron blanquísimos durante la terrible noche pasada en el tenducho de Varennes. Oigámoslas, pues su elegante y sencilla narración tiene sumo interés. «La primera vez, dice, que yo vi á S. M. tras la terrible catástrofe del viaje, vestía su traje de mañana, y atababa de dejar el sueño. Su rostro no me pareció alterado por extremo. Al contrario, resplandecían sus facciones con la usual serenidad. Empezó diciéndome bondadosas palabras, y, seguidamente de pronunciarlas con cariño, se quitó con presteza la gorra de dormir, para mostrarme sus cabellos. En una sola noche se habían hecho blancos, cual pudieran hallarse los cabellos de

cualquier vieja setentona. No quiero pintar aquí los dolores que, al verlos, sacudieron mi corazón, amigo de la Reina. Mis penas eran muchas; pero indispensable callarlas, ante un infortunio tan alto y tan enorme. Su Majestád me mostró un anillo, que acababa de montar, con un guardapelo diminutísimo, en cuyo centro se veía una mecha de cabellos, rodeada de esta inscripción: «BLANQUEADOS POR LA DESGRACIA». Otros historiadores niegan tal hecho, y dicen que los cabellos recogidos, como reliquias, á su regia cabeza, tras la muerte y la guillotina, eran todavía rubios, cual el oro. Antonieta pudo hablar en aquellos momentos con su amiga, ora fuese porque se arriesgara sin recelo á tal temeridad, ora porque aflojara la vigilancia. En el abandono á que solía entregarse con todas sus intimas, le dijo cómo había convertido al culto de la realeza personajes influyentes, Barnave, Dupont, Lameth, fundadores del club jacobino, y para sostener las relaciones indispensables con ellos, cómo necesitaba sus tercerías políticas. Luis XVI era la debilidad en persona; y, aunque dejándose arrastrar por la corriente, y entregado á lo que Dios quisiera, superaba en gravedad y consistencia mucho á su mujer, la cual no acertaba jamás con el palo de qué ahorcarse. Así al mismo tiempo tendía sus manos al grupo constitucional y conspiraba en su contra; tendía con empeño á la reacción y anatematizaba los emigrados; dirigía cartas solemnes en público á su hermano el Emperador Leopoldo, conjurándole para que no interviniera en Francia, y escribíale cartas secretas para decirle que no hiciese caso alguno de sus cartas oficiales. ¡Oh! Si los Reyes hubieran dado al partido suyo buena dirección, decidiérase por un sistema de ideas y un método de procedimientos bien ajenos á la incertidumbre y á la perplejidad, causas primeras de su perdurable ruina. Con un fiyo norte, una ruta de antemano trazada, con móviles altos, con objeto y fines claros, no brotara el orleanismo; no surgiera el sínodo de los emigrados á Germania, desirviendo la Monarquía en vez de salvarla; no se quejaban de la poca resistencia los absolutistas y de las escasas concesiones los constitucionales; no diera la derecha del Congreso Constituyente aquel salto en las tinieblas de su abstención suicida, suprimiendo del campo de batalla unos doscientos votos leales, y entregando la Monarquía indefensa, por un erróneo cálculo á las competencias de los demócratas, en su fondo republicanos todos, y ninguno con verdadera fe viva en las instituciones que debían todos mantener, condenados al esfuerzo titánico por la salvación imposible de una realeza, bendecida y aclamada por sus labios, pero puesta por sus conciencias fuera de las leyes; á la cual realeza se bajaban sus frentes, pero no se adherían sus corazones.

Parece imposible. Todavía en estos tristes momentos que historiamos, relucieron relámpagos de consoladoras esperanzas. Luis XVI cautivo, malherida en su orgullo Antonieta, el Palacio hecho una plaza militar asediada, pululando las manifestaciones ruidosas, el pueblo sublevado, presa de indisciplina el ejército, trabajada la religión por el cisma, intransigentes los realistas empeñados en volver hacia el absolutismo, y más intransigentes